



JUAN VALERA,
LA ESPADA DE DIOS

César Bort Buisán

JUAN VALERA,
LA ESPADA DE DIOS



Primera edición: diciembre 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© César Bort Buisán

ISBN: 978-84-18958-82-3

ISBN digital: 978-84-18958-83-0

Depósito legal: 34481-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mis padres y hermanos, por ser como son y estar siempre
cuando se les necesita*

Índice

Juan Valera, la Espada de Dios. Preludio	11
Primera parte. En la encrucijada. I. Juan Valera	17
II. Parsimonia.....	25
III. Los oráculos.....	33
IV. Los legados en Parsimonia	43
V. Estilia.....	51
VI. Guzmán de Makazaga	61
VII. El sucesor.....	67
VIII. La espada.....	73
IX. Una casa en el Bosque Viejo	81
X. El gobernador	89
XI. La emboscada	97
XII. Diego Antúnez.....	103
XIII. El gran oráculo.....	111
XIV. La batalla del Garcés	119
XV. El asedio	125
XVI. La ballesta.....	131
XVII. Marcela.....	137

XVIII. Rafael Hinojosa	145
XIX. El dekrol Osún	153
XX. La huida de Parsimonia.....	159
XXI. La defensa de Tarkos.....	167
XXII. Fermín el Gancho	175
XXIII. Esmeireldi	181
XXIV. Un umoi en el camino	193
XXV. Hurtado	201
XXVI. La Demonata.....	207
XXVII. Pedro Daisoela.....	217
Interludio.....	225
Segunda parte. La Espada de Dios.....	229
I. Hermosilla del Campo.....	229
II. El primer anillo	237
III. Avanzadilla	245
IV. El segundo anillo	251
V. La tierra yerma.....	259
VI. La casa de Marcela	265
VII. El señor de la guerra	273
VIII. El Martillo del Forjador	281
IX. Los dioses itinerantes	287
X. La puerta del poder	295
XI. Estilia y Álfer	301
XII. La Espada de Dios	309

Juan Valera, la Espada de Dios

Preludio

En la ciudad de Tarkos no cabía ni un alfiler, hacía días que no cabía. Nadie se quería perder la Sucesión. Muchos, por miedo a no encontrar cama, habían peregrinado con tiempo y, sin embargo, la mayoría había tenido que dormir en calles y plazas, pues otros habían sido más previsores o más impacientes. Todo se perdonaría, las inclemencias y las incomodidades, todo se tendría por bueno si, al final, se conseguía un buen lugar el día señalado.

Y ese día había llegado.

La campana tañó cuando el sol se reflejó en el péndulo de plata que coronaba el templo circular de los arcanos. La multitud hacía rato que miraba hacia el santuario, al oír las campanadas redobló la atención y se escucharon los nervios en forma de respiraciones contenidas.

Una de las cinco puertas se abrió despacio, como si no supiera de la impaciencia que esperaba fuera, como si no le importara. Los cuellos se estiraron para intentar ver antes de poder hacerlo. Una figura se adivinó en el hueco de la puerta, demasiado dentro como para distinguirla bien. Allí estuvo un rato, protegida por la oscuridad, imprecisa.

Y avanzó.

El silencio era sepulcral; las miradas reverentes, mientras el caballero bajaba los tres escalones que lo dejarían a la altura de la calle. Uno, el caballero apoyó la mano en la empuñadura de la

espada, levantando, así, la punta para que no tocara el suelo. Dos, apartó con gesto habituado un mechón de pelo ondulado que se había posado ante sus ojos. Tres, el viento ondeó la capa blanca y, como si de una invitación al descomedimiento se tratara, la multitud empezó a gritar, a silbar, a aplaudir, a rugir, a corear el nombre del caballero:

—Leal, Leal, Leal...

El Caballero Portador de la Sangre Arcana empezó a andar, marcial y serio, con la mirada fija en su destino o en la nada, con la zancada firme, larga, poderosa y severa. Sin prisa, pero con resolución, como siempre había andado, como era, pues uno anda tal como es.

La gente seguía vociferando, aclamando, sin que eso le impidiera, al mismo tiempo, fijarse en el caballero Leal Izuña, sin dejar de contemplarlo. Alto, erguido, marcial, fuerte, los años no se habían ensañado demasiado y su edad solo se adivinaba en unas pocas arrugas de la cara.

A medida que avanzaba, la multitud le abría un pasillo estrecho y ruidoso, y el camino se iba descubriendo a cada paso, con la duda de si el siguiente podría ser dado. Algunos hacían el amago de tocarlo, pero las manos se detenían a medio camino, dudando entre la timidez, el respeto y el miedo.

El trayecto fue largo, aunque la distancia era corta. La calle que andaba el caballero desembocaba en la plaza de las Sucesiones. Esta era una plaza triangular rodeada por un círculo de soportales que se interrumpía en cada uno de los vértices. Así tenía que ser, pues los ángulos estaban ocupados por tres edificios: la Residencia del Caballero Portador, el Colegio de Oráculos y el Cuartel de los Caballeros Legados. En el espacio que quedaba entre los lados de la plaza y los soportales se habían levantado unas gradas destinadas a albergar a aquellos que pudieran pagar el asiento. Dentro de la plaza, cien caballeros legados en formación de diez por diez, los cinco gobernadores sentados en austeros sillares de piedra y los cinco oráculos, de pie y cuchicheando entre ellos, esperaban al Portador.

El alboroto que llegaba de fuera impacientaba a los que esperaban en las graderías que lanzaban miradas furtivas para comprobar cuánto quedaba para que Leal Izuña entrara. Al final lo hizo y la algarabía enmudeció. El silencio solo fue roto por las espadas saliendo de las vainas; por los pies picando al suelo; por el grito de respeto y admiración que todos los legados, al unísono, profirieron: «Sangre Arcana».

Leal Izuña avanzó hasta el centro de la plaza y allí se detuvo. Los legados tenían las espadas agarradas por las empuñaduras y las mantenían cruzadas, apoyándolas en el antebrazo: señal de devoción y fidelidad, de ofrenda.

Los gobernadores observaban desde la distancia de sus asientos en silencio.

Los oráculos se encaminaron hacia donde se encontraba Izuña. Llegaron ante él y se arrodillaron diciendo en un susurro:

—Sangre Divina.

Luego se levantaron. El Caballero Portador se apartó el mechón rebelde que volvía por sus fueros, desenvainó la espada, la puso plana en sus manos como si la ofreciera a alguien que no estaba y la mantuvo así un rato; después, con delicadeza, la dejó en el suelo. Las miradas de todos los asistentes se dirigieron al acero, no era para menos, era la hoja de los Izuña, de la que se decía que había sido forjada por los mismísimos arcanos; de la que contaban que nunca había sido derrotada; de la que explicaban que el primer Caballero Portador la había blandido y luego, después de él, todos los de su estirpe: los Izuña y solo los Izuña. Era, también, un arma magnífica, su hoja tenía dos dedos de ancho y brillaba con diferentes tonos de azul y verde, ni una muesca, ni una irregularidad, ningún fallo, el filo era perfecto, la armonía indudable; la empuñadura era de marfil, quizás hueso, tallado sin aspavientos, cómoda, fuerte, dura, práctica; la guarda era austera, un cuadrado de acero, según algunos de un metal desconocido, protegía la mano sin devaneos. La delicadeza de la espada no enturbiaba el para qué había sido forjada y su historia lo gritaba a las claras: para matar.

Uno de los oráculos se adelantó, se aclaró la garganta y dijo en voz alta que retumbó por encima del silencio:

—Hace sesenta y siete años que viste la luz por primera vez, hace quince que te convertiste en el Portador de la Sangre Arcana, ahora ha llegado el momento de que otro ocupe tu lugar, de que el siguiente caballero vele por el destino de Tarkos, por el del Triángulo y el Círculo y por el de sus gentes. ¿Nos das la sangre?

Leal Izuña se arrodilló:

—No os puedo dar lo que no me pertenece, pero podéis tomar lo que pertenece a Tarkos.

Los oráculos se acercaron; uno llevaba en las manos una jofaina que hasta entonces había pasado desapercibida, otro sacó un cuchillo y un tercero cogió el pelo largo de Leal Izuña y, dándole dos vueltas, tiró de él para levantarle la cabeza.

«Yo ya he cumplido», pensó el caballero, que desvió un momento la mirada hacia su residencia. Vio moverse algo en una de las ventanas del piso superior, quizás era lo que buscaba, quizás no; fuera lo que fuera, una sonrisa entre el amor y la culpa se dibujó en su cara antes de dejar la mirada perdida. «Creo que he cumplido», se atrevió a dudar por primera vez en su vida.

El corte fue limpio y preciso; el que agarraba el pelo puso la rodilla en la nuca y dos oráculos aguantaron los brazos del caballero para que no se moviera. La sangre iba cayendo dentro de la jofaina, lo hizo hasta que estuvo llena, luego fue apartada, el pelo liberado, el Caballero Portador cayó al suelo.

El oráculo que sostenía la jofaina la levantó con cuidado, girando sobre sí mismo.

—La sangre del último arcano. Sangre Divina.

Con esas palabras se abrió la puerta del cuartel. Los armados abrieron un paso en medio de la formación y presentaron las espadas verticales delante de la cara. Un legado salió del cuartel y pasó entre los soldados. Los oráculos esperaban al lado del cuerpo inerte de Leal. Los gobernadores observaban al legado que iba hacia el centro; uno de ellos espantó a una mosca molesta que le rondaba por la cara.

El silencio persistía.

El legado llegó hasta los oráculos y miró al Portador tendido en el suelo al lado de la espada. Uno de los oráculos se adelantó y dijo:

—Los arcanos desaparecieron, pero su ciudad sigue viva bajo Tarkos, por ella conocemos quiénes eran; por ella sabemos que nos protegen; por ella luchamos —el oráculo de la jofaina se adelantó y se puso al lado del que hablaba—. El primer Caballero Portador recibió la sangre del último arcano y esa sangre ha ido pasando de Portador a Portador hasta el día de hoy. Por esta sangre siguen vivos y nos protegen.

»Álvaro Martín de la Peña, has sido elegido como nuevo Portador. ¿Cumplirás con valor tu cometido?

—Cumpliré.

—¿Defenderás al Triángulo y al Círculo de sus enemigos?

—Los defenderé.

—¿Preservarás sus costumbres y sus creencias?

—Las preservaré.

—Bebe la sangre del último arcano, pórtala en tus venas hasta que te sea reclamada.

Álvaro Martín cogió la jofaina y bebió la sangre. Un oráculo se agachó al lado de Leal Izuña y le quitó la capa, luego vistió con ella al nuevo Portador de la Sangre Arcana, el griterío estalló en las gradas y se contagió al resto de la ciudad.

Cuando acabó la ceremonia, quemaron a Leal Izuña y su espada había desaparecido.

Primera parte. En la encrucijada

I. Juan Valera

Los dos guardias que protegían la entrada del Cuartel de los Caballeros Legados miraron al chico que se acercaba. Andrajoso, sucio, mal ceñido, escuálido, raquítico, poca cosa: un esmirriado. Ese era Juan Valera, eso es lo que vieron.

—¿Qué quieres? —preguntó uno de los caballeros.

—Quiero unirme a la Orden de los Legados.

Había resolución en sus palabras, cimentada en sueños de niños, en historias gastadas de tanto contarlas. A la mayoría de los niños les aburrían o las olvidaban a medida que crecían, pero no Juan Valera.

—Así que quieres unirme.

—Sí.

El caballero sonrió y miró a su compañero, que también lo hizo.

—Pasa. Ves a la armería. Ponte un uniforme que te vaya bien y elige una buena espada, luego preséntate ante el Portador de la Sangre Arcana. Él dirá a qué guerra te envía.

Juan sonrió como no sabía que podía hacerlo, como nunca lo había hecho y avanzó. Lo hizo a pasos largos. «Que es como avanza un caballero», se dijo. Sin esperárselo, tropezó con las lanzas que los guardias le pusieron entre las piernas y se dio de bruces contra la puerta. Los caballeros se reían y él intentaba perder la menor cantidad de sangre posible de la que le salía por la nariz.

—Anda, lárgate de aquí, niño —le escupió uno mientras el otro le propinaba una patada.

No se arrastró, ni suplicó, ni imploró, ni se quejó, sabía que no servía de nada. También sabía que el que lo intenta y cae está mejor preparado para volverlo a probar que el que no lo intenta. Así que regresó al día siguiente y al otro, y al otro y al otro...

Según quien estaba en la puerta, el golpe era más fuerte o la patada más precisa. Luego de ser rechazado, se sentaba un poco apartado y dejaba pasar las horas. A finales de otoño, todos los legados lo conocían, todos sabían del «ladronzuelo que quiere ser caballero» y quien más quien menos le había arreado. Con muchos había hablado durante esas horas muertas que hermanan al que espera y al que hace guardia y algunos le habían cogido cariño.

—Quiero unirme a la Orden de los Legados.

No había perdido resolución ni había ganado peso.

—Juan, te lo he dicho mil veces: solo los hijos de nobles pueden ser caballeros.

—¿Por qué?

—Porque es así.

—¿Quién lo dice?

—No lo dice nadie, siempre ha sido así.

—Esperaré hasta que cambie esa ley —y se sentó donde siempre.

—Esa ley tiene más de mil años.

—Entonces, estará a punto de cambiar...

El caballero sonrió.

—Mira, vamos a hacer una cosa. Te voy a encomendar una misión —Juan se levantó de un salto—. Ten esta moneda, ves a la ciudad a comprar una botella de vino; con lo que sobre, puedes comprarte algo para comer, unas botas nuevas y ropa de abrigo.

Juan cogió la moneda, era de oro, cerró el puño con fuerza para no perderla y, sonriendo, echó a correr. Iba feliz, tenía una misión. «Sí, es verdad, solo es comprar vino, pero por algo se empieza», pensaba. A esos pensamientos se les unía la lista de cosas que nece-

sitaba o quería o ambas, aquellas que muchas veces había visto de lejos, desde la distancia de la pobreza. Quería probarlas al menos una vez, quería regalárselas con lo que sobrara de comprar el vino.

Con esas ideas en mente, cruzaba la plaza de las Sucesiones a la carrera, mirando a un futuro más lejano que el que comprometía su próximo paso.

—Vigila —oyó gritar.

Tarde, muy tarde, no le dio tiempo a esquivarlo y chocó. Cayó al suelo y la moneda se le escapó de la mano. No fue muy lejos. Se detuvo justo en la punta de una bota y al instante desapareció bajo ella. Un perro empezó a mordisquear el pantalón de Juan, que dio tres tirones para zafarse sin conseguirlo. Molestaba, pero no tanto, así que lo olvidó.

Muchos sentimientos se agolparon en su cabeza, tantos que no pudo distinguirlos todos: enojo, rabia, vergüenza..., aunque hubo uno que se le hizo patente: desazón, pues sabía que sería difícil recuperar la moneda. «Lo será para alguien como yo», se dijo. Miró hacia la puerta del cuartel, quizás buscando ayuda, tal vez perdón o, como mínimo, comprensión, allí estaban los dos caballeros, entrecerró los ojos, ¿parecían nerviosos? Entonces levantó la vista hacia quien tenía la moneda secuestrada. Lo conoció, lo reconoció y se quedó atónito, sin palabras. Era un caballero, pero no uno cualquiera. En un susurro entre el miedo y la veneración dijo:

—Álvaro Martín de la Peña, Portador de la Sangre Arcana.

Al reconocerlo, Juan debería haber agachado la cabeza en señal de respeto, pero no lo hizo. Se quedó admirando la figura del caballero. Lo que más impresionaba era la altura, mucho más si quien lo miraba era un niño y, además, estaba sentado en el suelo. La capa blanca que jugaba al son del viento estaba adornada con el símbolo de Tarkos: un triángulo dentro de un círculo, el pelo largo y negro, igual que el mostacho, empezaba a canear. La espada grande y pesada; la daga pequeña y ligera; los pantalones de piel marrón y las botas gastadas. Era preciso, precioso, perfecto. «Así es un caballero», pensó Juan.

—¿De quién es la moneda? —preguntó Álvaro Martín.

Cuando Juan lo oyó hablar, pareció volver a la realidad y bajó la cabeza.

—Mírame cuando te hablo —el tono era adusto.

Juan lo miró de nuevo, a los ojos. «Así miran los caballeros», se dijo. Los ojos del Portador eran azul claro, alrededor unas arrugas que no eran fruto de la edad, sino más bien de un carácter abierto y franco, de una persona casi feliz. Al verlos, Juan se rehízo un poco, lo calmaron.

—No la he robado..., Portador —titubeó.

—No te he preguntado eso.

—Es mía, señor —dijo un nuevo invitado.

Álvaro Martín miró a quien había hablado. Era el caballero de la puerta que se había acercado.

—Y ¿por qué la tiene él?

—Se la he dado para que fuera a la ciudad a comprar algunas cosas.

—Ya veo —dijo el caballero—. Vamos, Rufius —y el perro dejó de jugar con la pernera del pantalón de Juan y siguió a su amo, que se dirigió al Cuartel de los Legados. «Un mastín», pensó Juan mirando al perro o quizás al amo.

Había pasado un mes, el frío helaba los huesos, la ley todavía no había cambiado.

—Quiero unirme a la Orden de los Legados.

Le volvía a tocar guardia al mismo caballero que le había dado la moneda y que ahora era unas buenas botas y una capa nueva.

—Ya lo sabes, Juan...

Y Juan se sentó.

—Ponte aquí junto a la puerta. Estarás más resguardado.

Y Juan lo hizo con una sonrisa en los labios.

—¿De qué te ríes? —le preguntó el caballero.

—Cada vez estoy más cerca de entrar —dijo mientras apoyaba la espalda en la entrada.

El caballero también sonrió y al instante puso cara de sorpresa cuando la puerta se abrió y Juan cayó de espaldas dentro del cuar-

tel.

—Lo ves, lo ves —gritó levantándose emocionado.

El caballero estaba firme y no sonreía.

—Señor.

—Rufius, ven aquí.

El perro dejó de mordisquear el pantalón de Juan y fue junto a su amo.

—Llevas ropa nueva —dijo Álvaro Martín mirando a Juan.

—Sí, señor.

—¿Cómo la has conseguido?

—No la he robado.

—Me han contado cosas sobre ti, dicen que tienes tendencia a rondar lo que pertenece a otros.

—La compré con la moneda de Makazaga —dijo indignado por el eufemismo, pretendiendo defenderse y mirando al guardia.

—¿Qué hacías apoyado en la puerta? ¿Te han dejado hacerlo? —siguió preguntando Álvaro Martín y Makazaga bajó la cabeza para ocultar el gesto que decía: «Mierda».

—No estaba apoyado en la puerta —Juan había visto el gesto de Makazaga y no quería causarle problemas.

—Te has caído cuando la he abierto...

—Intentaba entrar, sí, eso es, yo intentaba entrar a la fuerza, pero el caballero legado este —señaló a Makazaga— me ha cogido, sí, me ha cogido muy fuerte y me ha empujado para tirarme contra la puerta como siempre, señor, como siempre hace y le juro que lo hace bien, pero que muy bien, entonces se ha abierto y he caído. Eso ha pasado, sí, eso ha pasado.

Álvaro Martín miró a Makazaga, que negó con la cabeza. Quizás iba a hablar, pero el Portador se le adelantó:

—¿Conoces a Rufius? —preguntó mirando a Juan.

—De vista, señor.

El caballero sonrió bajo el mostacho.

—¿Sabes que Rufius huele las mentiras y mata al mentiroso? Juan tragó saliva.

—Te lo preguntaré una vez más: ¿qué hacías apoyado en la puerta?

Juan Valera se irguió. «Erguidos responden los caballeros y nunca traicionan a un amigo», se dijo. Se quitó la capa, la dobló y la dejó con cuidado en el suelo, luego se alejó un poco de ella, no quería que se manchara de sangre.

—Intentaba entrar y el caballero legado me ha detenido tirándome contra la puerta —dijo con dignidad, con valentía.

—Rufius —dijo Álvaro Martín mientras le indicaba al perro que fuera hacia Juan.

Rufius se acercó. Makazaga fue a dar un paso para interponerse, pero De la Peña lo detuvo. Juan cerró los ojos, pero no perdió la compostura, el perro lo olisqueó y... le lamió la mano, algo de verdad había en las palabras de Juan, pues más de una vez le habían tundeado.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó De la Peña.

—Quince, señor.

Rufius gruñó enseñando los dientes.

—Doce, señor —rectificó con premura.

Álvaro Martín negó con la cabeza, parecía contrariado.

—Pareces un buen chico, algo descarriado, pero de buena madera, con buen fondo —Álvaro Martín miró a Juan a los ojos casi con ternura antes de seguir—. Tienes que saber una cosa y tiene que entrarte en la mollera: nunca llegarás a ser caballero —Juan acusó el golpe y Álvaro Martín se dio cuenta de que el directo había dado con fuerza en el mentón e intentó suavizarlo—. No es que no valgas, es que no puede ser. Me gustaría ayudarte, pero eres demasiado joven incluso para ser escudero —dijo con deje de aflicción en la voz.

—¿No se podría hacer una excepción?

De la Peña miró a Makazaga, que era el que había preguntado, y negó con la cabeza.

—No podemos, las leyes están para cumplirlas, no para adecuarlas a nuestros caprichos —y volvió a mirar a Juan—. Escucha, hijo: cuando eres un niño, quieres crecer rápido y cuando lo has

hecho, quieres envejecer despacio. Ten paciencia. Ven dentro de tres años, hasta entonces no tengo nada más que decir.

A Juan las lágrimas de impotencia se le agolpaban en los ojos y le apretaban la garganta.

—Dentro de tres años —repitió Álvaro Martín mientras se iba.

Álvaro Martín de la Peña, Caballero Portador de la Sangre Arcana, conocido también como *el Mastín de la Peña*, era bueno en lo profundo y, en la superficie, arisco igual que los buenos consejos; confiable y verdadero como un refrán antiguo; valiente y honesto como el verso de un adolescente enamorado; elegante como una verdad sencilla.

—Ya lo has oído, dentro de tres años —dijo Makazaga con una sonrisa cálida.

Juan asintió y tras el gesto se adivinaba un sueño roto. Sentía el orgullo herido, aunque se equivocaba y solo era impaciencia rechazada. Lanzó una mirada de despedida a Makazaga, al cuartel, a la plaza y la cruzó para irse y no volver. Antes de abandonarla, miró hacia la Residencia; el Portador de la Sangre estaba por entrar junto a Rufius, algo se movió en las ventanas del piso superior, quizás un gato, tal vez... «Qué más da», se dijo Juan y se fue.

II. Parsimonia

El camino hacia Parsimonia era un eco del pasado, peligroso, difícil, tentador para los cazadores de sueños y fortuna que querían ir a la ciudad fronteriza a mejorar sus vidas o a enriquecerse para luego abandonarla. Sonaba a sueños, a aventuras, a promesas, a todo aquello que esquiva el que cree que tiene el futuro asegurado. Cada paso que daban los que iban cantaba una canción conocida y vieja. La letra hablaba de los legados; del Caballero de la Sangre Arcana y de la última guerra contra los umoi. Una guerra que se alargó por espacio de seis Portadores y, al final, la frontera quedó sellada, Parsimonia asegurada, la paz conquistada. La música era más triste, pues recordaba a los muertos, las violaciones, a los mutilados, la miseria, las traiciones... Así debía ser, pues una guerra tiene muchas caras, las más conocidas: el dolor y la victoria. Ahora esa canción volvía a escucharse camino de Parsimonia, no para recordar lo que sucedió, sino para advertir lo que estaba de nuevo por suceder.

Los umoi volvían a atosigar el territorio del Triángulo y el Círculo. Las escaramuzas tentativas habían sido el inicio, luego pequeñas incursiones, pequeños pasos más allá de la frontera, pequeños asentamientos de quita y pon.

Tiempos revueltos, ganancias de pescadores.

Las noticias llegaban a Tarkos y la gente estaba inquieta, se había vuelto más huraña, más desconfiada, menos feliz y eso no era bueno para los mendigos ni guarduños de medio pelo como Juan. Además, a todo ello se sumaba que ya no era un niño. Daba menos

pena y ganaba menos dinero. Hacía días que una idea le rondaba por la cabeza y al final cogió forma:

—Me voy de Tarkos —le dijo Juan al *Gancho*, con el que a menudo trabajaba.

El *Gancho* estaba sentado en el suelo contando las monedas que habían recolectado esa mañana. Sin mirar a Juan, escupió dibujando una parábola y dijo:

—¿*Ande vas ir?* —y quiso decir: «Somos lo que somos, no podemos ser nada más, a qué complicarnos la vida».

—A Parsimonia —aclaró Juan sin entrar en debates filosóficos.

—*Tas chalao* —sentenció el *Gancho*, dando a entender que, por muy mal que se viviera en Tarkos, Parsimonia era aún peor y añadió por saber si era verdad o solo una ventolera pasajera—: ¿Cuándo?

—Hoy mismo, cuando repartamos.

Ahora el *Gancho* sí que lo miró. Si Juan hubiera dicho: «Mañana» o «Dentro de unos días», hubiera sido una cosa, pero «Hoy mismo» era otra muy distinta: no daba tiempo a cambiar de parecer.

El *Gancho* se levantó despacio mientras escupía de nuevo, se pasó la manga por la boca. Parecía bajito al lado de Juan, aunque no lo era, incluso parecía gordo, aunque estaba lejos de serlo. Cogió la mano de Juan y le puso en ella las monedas que había estado contando, puede que alguna más.

—¿Qué haces? Hay que repartir —dijo Juan.

—Yo mañana tornaré a trincar cobre, *pue* que plata, *pro tú n'olerás* una *destas* en muchos tiempos. Llévalas y cuando nos rejuntemos ya repartimos —y quiso decir lo que cualquiera entiende que quiso decir, pues estimaba a Juan, lo consideraba un amigo y a los amigos hay que cuidarlos, ya que no abundan.

Juan no tenía que decidir qué llevarse, pues todo lo que tenía lo llevaba puesto, así que con un lacónico: «Nos vemos, Fermín» se despidió del *Gancho* y salió de Tarkos camino a Parsimonia.

Una vez fuera de las murallas, se percató de que nunca había salido de la ciudad, jamás en sus hacía poco estrenados quince años

de vida, y sintió miedo, vacío, estuvo tentado a volver, pero tocó las monedas que llevaba en el bolsillo y se obligó a seguir.

Los caminos eran polvorientos, el silencio abrumador. Acostumbrado al bullicio de la ciudad, hasta los pensamientos gritaban más de lo necesario. Pero no todo era malo; el mismo silencio que le aturdió le permitía oír si algo se acercaba, ya fuera carreta o caballo. Cuando escuchaba el traquetear de ruedas o el picar de cascos, tenía tiempo de esconderse y evitar encuentros desafortunados.

Así fue pasando los días, saltando fuera del camino y volviendo a él para no perderse. Las noches eran lo peor, no por el frío, al que ya estaba acostumbrado, sino porque si el campo guardaba silencio durante el día, por la noche se empecinaba en decir lo que antes había callado y se llenaba de murmullos, lamentos y amenazas..., sobre todo amenazas.

El agua se encontraba con facilidad, arroyos, acequias y fuentes había por doquier, pero la comida era otro cantar: los conejos corrían demasiado. Juan se alimentaba de bayas silvestres, de vez en cuando algún huevo robado por la noche en alguna granja desprevenida, sin perro. Poca cosa más y no era suficiente.

Oyó la carreta y salió del camino; esconderse no era problema, había bastantes arbustos que lo permitían y solo tenía que pagar algún arañazo si no ibas con cuidado o ibas con prisa. Cuando el carro pasó a su altura, sacó la nariz por encima de las matas. Una joven de unos treinta años, un gañán y el carretero, los tres sentados en el pescante, quizás iba alguien más dentro de la tartana, pero parecía poco probable.

El carretero era pequeño y malcarado, como todos los de su calaña. El gañán llevaba espada, a buen seguro que también cuchillo. Juan se tocó la navaja que llevaba en el bolsillo del pantalón al pensar eso. La chica era guapa. Pero lo más importante, la tartana iba tirada por caballos, nada de bueyes, y eso quería decir: dinero y comida.

Juan corrió paralelo al camino con la precaución de no ser visto. Los del carro no llevaban prisa, así que los rebasó enseguida, co-

gió distancia y luego volvió a la senda y empezó a andar despacio, como si tal cosa. Escuchaba cómo se iba acercando, no se giró hasta que lo tuvo cerca y cuando lo hizo, lució su mejor sonrisa mientras levantaba la mano saludando.

—Quítate de en medio —respondió al saludo el carretero al tiempo que hacía chasquear el látigo en el aire y añadía—: mentecato.

Los caballos entendieron que el látigo les hablaba a ellos y subieron el paso. La joven miraba con detenimiento a Juan y a este le pareció que una chispa de sorpresa le iluminaba los ojos. El carro pasó sin detenerse y vio cómo sus esperanzas de queso y pan se alejaban al trote hasta que de improviso el carromato se paró. Juan empezó a andar hacia el carro, que volvió a moverse; entonces, él se detuvo y la tartana hizo lo propio, empezó a correr y la tartana volvió a rodar. Valera paró en seco, no iba a jugar a ese juego idiota, pero, para su sorpresa, el carro volvió a detenerse y el gañán bajó de él y moviendo la mano dijo:

—Vamos, chico, te llevamos.

La tartana era decente, sin aspavientos, pero decente. La lona recia, los bancos incómodos, el ajuar completo, la chica guapa, el mozo fuerte y de buen porte, el carretero malhumorado sin sobrepasar lo prescrito, «La comida a buen recaudo... espero», pensó Juan.

Cuando empezaron a hablar, Juan se dio cuenta de que lo había echado de menos y oía sus palabras como si fuera otro quien las dijese.

—¿A dónde vas, chico? —preguntó el gañán guardando sin darle importancia un lío de trapo bajo los bancos.

—A Parsimonia —respondió Juan pensando que lo que había escondido el mozo debía de ser la plata.

—¡Por la Capa! Nosotros también —dijo intentando parecer más alegre de lo que consiguió—. Y ¿qué vas a hacer allí?

—No lo sé. Me buscaré la vida...

—Claro, son tiempos difíciles.

—Lo son.

Juan estaba seguro, por la manera que ladeaba la cabeza, de que la chica prestaba atención a lo que se hablaba dentro de la tartana.

—Y vosotros, ¿qué vais a hacer en Parsimonia?

—¡Bah! Nada importante, una reunión familiar —dijo el mozo con un gesto despreocupado.

—Por cierto, yo me llamo Juan Valera. Gracias por llevarme.

—Hay que ayudar, siempre hay que ayudar —dijo el mozo sin decir sus nombres.

Juan asintió sin saber muy bien por qué, quizás por costumbre, tal vez porque él en la situación del mozo hubiera hecho lo mismo.

El día transcurrió tranquilo.

—Acamparemos aquí —dijo el carretero.

Nadie replicó.

Mientras cenaban, el gañán y el carretero hablaban de sus cosas y a veces de las de los demás. Parecía que se conocían desde hacía tiempo. La joven escuchaba, no hablaba, pero se la veía feliz, y Juan escuchaba y reía o intercalaba un «No puede ser» o un «No fastidies».

—¿Cuánto queda para llegar? —preguntó el mozo.

—Todavía tres días.

—Pensaba que estábamos más cerca —se desconcertó el mozo.

—Estamos cerca; si atravesáramos el bosque —señaló los árboles—, en un día estaríamos en Parsimonia.

—¡No fastidies!

El carretero miró a Juan y pareció que sonreía, aunque nadie lo hubiera podido asegurar.

—Sí fastidio, chico, sí fastidio.

—Entonces, ¿por qué no vamos por el bosque?

—Pues porque es el Bosque Viejo, nadie cruza el bosque sin necesidad, ¿no lo sabes?

Juan se encogió de hombros.

—¿No conoces el Bosque Viejo? —se sorprendió el carretero.

—No.

—El bosque está encantado, hay espíritus y demonios en él, animales que hablan y gotas que cantan canciones cuando caen al suelo. Una vez entró una niña y nunca más volvió a salir. Muchos han ido a buscarla, pero nadie la ha encontrado, sin embargo, a veces, todavía se oyen sus *sollozos* por la noche mientras canta una canción triste y *lúgrube*. Aquellos que la oyen sienten pena y quieren ayudarla, pero nadie de los que ha ido ha vuelto jamás. Si oyes la canción esta noche, no vayas a buscarla, hazme caso, no intentes hacerte el héroe, sé de lo que hablo —aconsejó el carretero con una sonrisa tétrica.

Juan no podía dormir, cualquier ruido le parecía un llanto y el ulular de los búhos una canción triste y amarga. Abandonó el jergón y empezó a andar rozando con los pies el linde del bosque y con la imaginación el interior. Le pareció oír el sollozo de una niña, ahora estaba despierto y sus miedos no lo confundían. No eran búhos ni ramas que se movían con el viento, mucho menos gotas cantando canciones al caer al suelo, era una niña llorando. «Estoy seguro», se dijo.

Empezó a andar nervioso, de un lado a otro, sin dejar de acariciar los árboles que tenía a mano. «Un caballero nunca abandona a una niña en apuros», pensó y se sorprendió haciéndolo, pues desde que lo echaran de la plaza de las Sucesiones no se había vuelto a imaginar vestido de caballero y de eso hacía ya tres años.

Se decidió, volvía a querer ser un héroe, justo lo que el carretero le había recomendado no hacer, y entró al bosque.

No tardó mucho en estar perdido, los bosques no eran lo suyo. No había vuelto a oír a la niña y empezaba a dudar de que la hubiera oído alguna vez. Intentó volver al campamento, pero no acertaba a encontrar el camino. Andaba deprisa, a veces le parecía que lo hacía en círculos: «Por aquí ya he pasado». A veces que en la dirección contraria: «He venido subiendo y ahora vuelvo a subir». Otras veces como si no se moviera: «Parecía el final del bosque, pero el bosque sigue». Miraba a lo lejos: «Y sigue...».

De pronto, oyó algo moverse a su espalda. Se giró con rapidez y no vio nada. Otra vez a su espalda, se giró en tensión y no vio nada. De nuevo el ruido, se giró asustado y... nada. Luego silencio, ni las ramas de los árboles se movían ni las gotas amenazaban con cantar canciones. Juan miraba hacia todos lados, seguro de que alguien estaba acechándolo, no atinaba a verlo y, de repente:

—¿Me buscas y no me encuentras?

